

NOVELA ILUSTRADA

EL ZORRO y la TIGRE

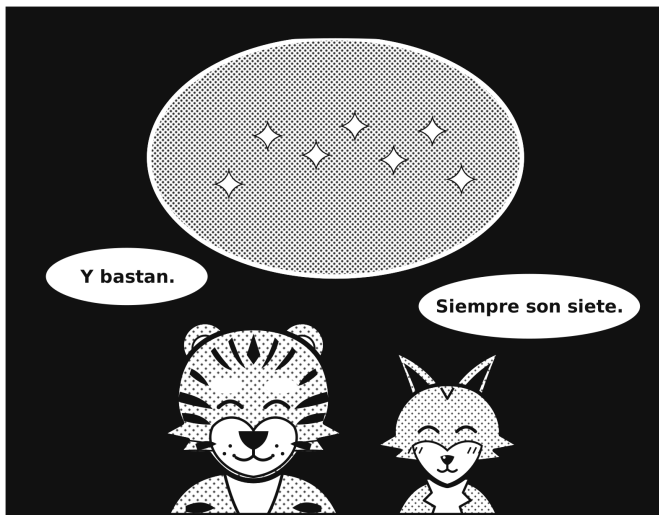
— Lo que pesa el oro —



Una fábula sobre la avaricia y la humildad

El Zorro y la Tigre

Lo que pesa el oro



Novela ilustrada en estilo manga

*Para quienes saben cuánto es suficiente,
y para quienes todavía lo están aprendiendo.*

«Lo que no se necesita, no se toma.»

— Ámbar

Índice

- I El Bosque de los Helechos
- II El humo al otro lado de la colina
- III Valdeoro
- IV La primera moneda
- V La despensa secreta
- VI El trato del collar
- VII El invierno largo
- VIII La piel de rayas
- IX La noche de la trampa
- X Lo que pesa el oro
- XI El granero vacío
- XII Lo que cabe en una cueva

Moraleja

CAPÍTULO I

El Bosque de los Helechos



Al norte de todas las cosas que tienen nombre, donde los mapas de los hombres se quedaban en blanco y los caminos se cansaban de ser caminos, había un bosque tan viejo que los árboles se hablaban entre ellos con un idioma de crujidos. Lo llamaban el Bosque de los Helechos, porque cada primavera el suelo se cubría de hojas verdes y rizadas que parecían manos pequeñas abriéndose al sol.

En el corazón de aquel bosque, bajo las raíces de un roble que un rayo había partido en dos hacía cien inviernos, vivían dos amigos que nadie habría imaginado juntos: un zorro de pelaje rojizo llamado Tilo y una tigre de rayas oscuras llamada Ámbar.

Se habían conocido una mañana de niebla, cuando Tilo era todavía un cachorro flaco y atolondrado. Persiguiendo una mariposa, se había enredado en una zarza tan espesa que cuanto más tiraba, más se le clavaban las espinas. Lloraba bajito, convencido de que aquel sería su último día, cuando vio aparecer entre la bruma dos ojos dorados y enormes. Pensó que lo iban a devorar. Pero la tigre, en lugar de abrir las fauces, apartó las ramas con una paciencia infinita, una a una, hasta dejarlo libre.

—¿Por qué no me comes? —le preguntó Tilo, temblando.

—Porque ya he comido hoy —respondió Ámbar—. Y porque lo que no se necesita, no se toma.

Aquella frase se le quedó a Tilo grabada como una huella en el barro. Desde entonces la siguió a todas partes, y Ámbar, que vivía sola desde hacía mucho, terminó por hacerle un sitio en su cueva bajo el roble partido.

La cueva era sencilla. Tenía un lecho de musgo seco, una piedra plana donde dejaban lo que recogían y un agujero en el techo por donde, en las noches claras, se veía un trozo de cielo con siete estrellas. No había nada más, y no les hacía falta nada más.

Cada mañana salían juntos. Ámbar le enseñó a Tilo a pescar en el río sin vaciar los remansos, a coger moras dejando siempre algunas para los pájaros, a reconocer las setas buenas y a no arrancarlas de raíz para que volvieran a brotar.

—El bosque presta, no regala —le decía—. Y a quien presta, se le devuelve.

Tenían vecinos a los que querían mucho. El viejo tejón Bruno, que vivía en una madriguera de veinte pasillos y siempre se quejaba del reuma; la cierva Lis, de patas finas y voz suave, que aquel año esperaba su primer cervatillo; y Doña Ulma, una lechuza tan antigua que decía haber visto nacer al roble partido. Cuando a uno le faltaba algo, los demás lo compartían. Cuando a uno le sobraba algo, lo dejaban en la piedra plana de la cueva, y

quien lo necesitara podía cogerlo.

Así pasaban los días, iguales y tranquilos, y por las noches Tilo y Ámbar se tumbaban bajo el agujero del techo a contar las siete estrellas.

—Siempre son siete —protestaba Tilo—. ¿Para qué las contamos si siempre son siete?

—Para acordarnos de que hay cosas que no crecen por mucho que las cuentes —contestaba Ámbar, cerrando los ojos—, y que aun así bastan.

Tilo se reía, pero no lo entendía del todo. Era un zorro, y los zorros tienen la curiosidad metida en el hocico. Le gustaba la vida en el bosque, pero a veces, mientras Ámbar dormía, salía de la cueva y subía hasta el borde del claro para mirar hacia el sur. Allí, detrás de una colina pelada a la que llamaban la Colina del Humo, se levantaban de vez en cuando unas columnas grises y finas que se deshacían en el viento.

—¿Qué habrá al otro lado? —preguntó una noche a Doña Ulma, que vigilaba desde una rama alta.

La lechuza giró la cabeza casi del todo, como hacen las lechuzas cuando algo les preocupa.

—Al otro lado hay muchas cosas, pequeño —dijo—. Demasiadas. Y cuando uno ve demasiadas cosas juntas, se le olvida mirar las que ya tiene.

—Eso no tiene sentido.

—Ya lo tendrá —murmuró Ulma, y se perdió en la oscuridad con un batir de alas sin ruido.

Tilo volvió a la cueva y se acurrucó junto al costado caliente de Ámbar. Ella abrió un ojo dorado.

—¿Has vuelto a mirar el humo?

—Solo un poco.

—Lo que hay allí no nos hace falta, Tilo.

—¿Y cómo lo sabes, si nunca has ido?

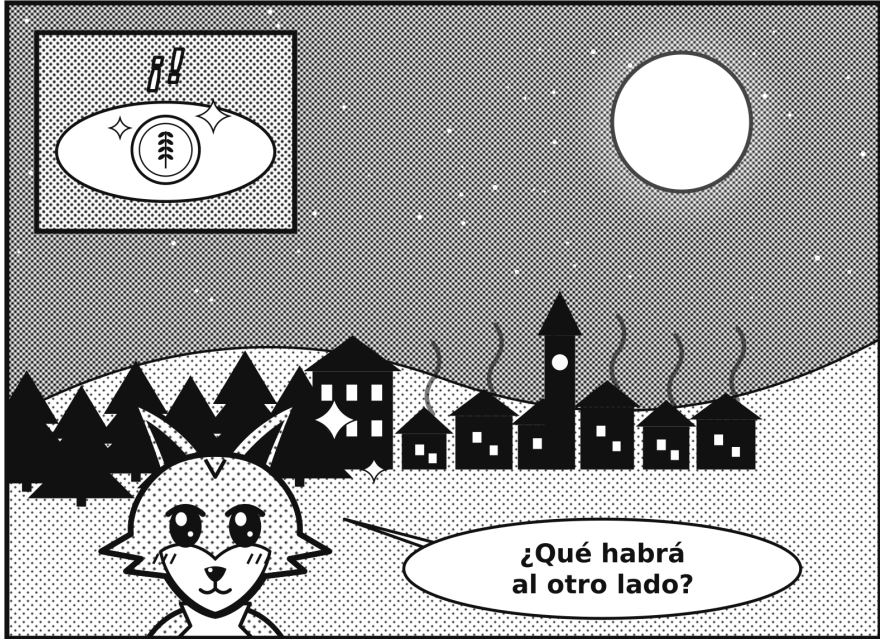
Ámbar tardó en responder. Fuera, el viento movía las hojas del roble con un rumor de mar lejano.

—Porque aquí tengo todo lo que necesito —dijo al fin—. Y eso, pequeño, es más difícil de encontrar que cualquier cosa que haya detrás de una colina.

Tilo no contestó. Se quedó mirando las siete estrellas hasta dormirse, pero aquella noche soñó con humo, y en el humo había algo que brillaba.

CAPÍTULO II

El humo al otro lado de la colina



Aquel verano no llovió. Las semanas pasaron una detrás de otra bajo un sol blanco y cruel, y el Bosque de los Helechos empezó a ponerse de color de paja. El río bajaba tan flaco que se podía cruzar sin mojarse las rodillas, las moras se secaban antes de madurar y los helechos, siempre tan verdes, se enroscaban sobre sí mismos como si tuvieran frío en pleno agosto.

Ámbar no se quejaba. Comía menos, dormía más en las horas de calor y repetía que el bosque había pasado otras sequías y que esta también pasaría. Pero Tilo tenía hambre, y el hambre en un zorro joven no es paciente.

Una tarde, después de recorrer medio bosque y encontrar solo un puñado de bellotas amargas, Tilo se plantó delante de la Colina del Humo.

—Solo voy a mirar —se dijo a sí mismo—. Miro y vuelvo.

Subió la ladera pelada con las piedras ardiendo bajo las almohadillas. Cuando llegó arriba, el sol se estaba poniendo, y lo que vio lo dejó sin aliento.

Al otro lado de la colina se extendía un valle verde, verdísimo, regado por acequias que brillaban como hilos de plata. En el centro había un pueblo de tejados rojos, con una torre de campanario, una plaza con una fuente y decenas de casas apretadas unas contra otras. De las chimeneas salía ese humo que Tilo llevaba años mirando. Y con el humo subía un olor que le hizo temblar las patas: olor a pan recién hecho, a carne asada, a manzanas guardadas en cestos.

En un cartel de madera, a la entrada del camino, había unas letras que Tilo no sabía leer. Más tarde aprendería que decían: VALDEORO.

Esperó a que se hiciera de noche, agazapado entre los arbustos. Cuando la última ventana se apagó, bajó al pueblo con el corazón golpeándole las costillas. Todo era nuevo. Las calles empedradas sonaban distinto bajo sus patas. Los perros dormían atados. Había carros cargados de sacos, barriles apilados junto a las puertas y, detrás de una tapia baja, un gallinero lleno de gallinas gordas que cacareaban en sueños.

Tilo no se llevó ninguna gallina. Tenía miedo, y algo de vergüenza. Pero junto a la puerta trasera de la panadería encontró un cesto con los panes que se habían quemado por abajo, y se comió dos enteros allí mismo, sin respirar casi, hasta que la tripa se le puso redonda como una piedra de río.

Nunca había comido tanto de una vez. Era una sensación extraña: agradable y pesada al mismo tiempo, como dormirse al sol.

Iba a marcharse cuando pasó junto a la fuente de la plaza. La luna estaba alta, y en el fondo del agua, entre las hojas caídas, algo le guiñó un ojo. Tilo se acercó. Era un disco pequeño, redondo y amarillo, que reflejaba la luna como si la luna se hubiera caído dentro.

Metió la pata en el agua fría y lo sacó. Pesaba poco, pero lo notaba caliente en la almohadilla, aunque eso era imposible. Le dio la vuelta. Tenía grabada la cara de un hombre con corona por un lado y una espiga de trigo por el otro.

No sabía qué era. No sabía para qué servía. Pero era lo más bonito que había visto en su vida, y se lo guardó en la boca, con cuidado, como quien guarda un secreto.

Volvió al bosque cuando el cielo empezaba a ponerse gris por el este. Ámbar estaba despierta, sentada a la entrada de la cueva.

—¿Dónde has estado? Te he buscado por todo el río.

Tilo escondió la moneda debajo de la lengua.

—Lejos —dijo—. Encontré unas moras en una ladera que todavía tenía sombra. Me las comí todas, lo siento.

Era la primera vez que le mentía. La mentira le salió fácil, tan fácil que le dio un poco de miedo.

Ámbar lo miró largo rato con sus ojos dorados. Luego bostezó.

—Me alegro de que hayas comido —dijo—. La próxima vez, avísame.

Y entró en la cueva a dormir.

Tilo se quedó fuera. Cuando estuvo seguro de que nadie lo veía, cavó un agujero pequeño al pie de un pino, dejó caer la moneda dentro y la tapó con tierra y agujas secas. Luego se quedó mirando el sitio, sin saber muy bien por qué le latía tan fuerte el corazón.

Aquella noche, cuando se tumbaron bajo el agujero del techo, Tilo no contó las siete estrellas. Pensaba en el valle verde, en el olor del pan, en el disco amarillo que brillaba bajo la tierra. Y por primera vez la cueva le pareció pequeña.

CAPÍTULO III

Valdeoro



En aquellos tiempos, que ya nadie recuerda, los animales y las personas todavía podían entenderse si tenían algo que decirse. No lo hacían a menudo, porque casi nunca tenían nada que decirse, pero podían.

Tilo volvió a Valdeoro la noche siguiente, y la otra, y la otra. Aprendió los caminos de las acequias, las tapias más bajas, los perros que ladraban y los que solo fingían ladrar. Aprendió que el panadero tiraba los panes quemados los martes y los viernes, y que en la casa del herrero siempre quedaban huesos con carne junto a la puerta.

Y aprendió, sobre todo, a mirar.

En lo alto del pueblo, junto a la iglesia, había una casa mucho más grande que las demás, con tres pisos, balcones de hierro y un almacén enorme pegado a un costado. Era la casa de Don Ceferino Garra, el hombre más rico de Valdeoro. Tenía las manos blandas, un anillo en cada dedo y una barriga que le asomaba entre los botones del chaleco. Todos los molinos del valle le pagaban a él, y en su almacén se guardaba el trigo de media comarca.

Aquel verano de sequía, mientras el bosque se secaba, Don Ceferino había subido el precio del pan tres veces. Decía que era por la escasez, pero Tilo, que todo lo husmeaba, sabía que su almacén estaba lleno hasta el techo. Lo había visto por una rendija: sacos y sacos de harina, quesos colgados como lunas, jamones, tarros de miel, cajas de manzanas que empezaban a arrugarse porque nadie las sacaba.

—¿Para qué quiere tanto? —se preguntaba Tilo—. Ni comiendo diez veces al día podría acabárselo.

Pero cuando lo pensaba, notaba en el pecho algo parecido a la envidia, y eso lo confundía.

En el otro extremo del pueblo, junto al camino del bosque, había una casita de piedra tan pequeña que parecía hundida en la tierra. Allí vivía una niña de unos diez años llamada Lucía con su abuelo, un leñador viejo de manos grandes y espalda cansada. No tenían casi nada. Tilo los veía cenar a la luz de una vela, un trozo de pan y una sopa clara, y luego la niña siempre hacía lo mismo: recogía las migas de la mesa con la palma de la mano y las dejaba en el alféizar de la ventana para los gorriones.

—Abuelo, ¿por qué siempre guardamos algo para los pájaros, si a nosotros casi no nos llega? —le oyó preguntar una noche.

—Porque si un día dejamos de darles, aunque sea una miga, nos olvidaremos de que alguna vez tuvimos algo que dar —respondió el viejo—. Y entonces sí que seremos pobres de verdad.

Tilo se quedó un buen rato escondido bajo la ventana después de aquello. Se acordó de Ámbar y de la piedra plana de la cueva. Pero luego se acordó de la moneda bajo el pino, y de los quesos que colgaban como lunas en el almacén de Don Ceferino, y siguió su camino.

Fue la décima noche cuando cometió el error. Había descubierto un hueco bajo la puerta del almacén, justo del tamaño de un zorro flaco, y no pudo resistirse. Se coló dentro. El olor era tan intenso que le mareó. Empezó a mordisquear un queso, luego una ristra de chorizos, luego metió el hocico en un tarro de miel...

Y entonces se encendió un farol.

—Vaya, vaya —dijo una voz gruesa y tranquila—. Así que tú eras el ladrón de mis quesos.

Don Ceferino Garra estaba en la puerta, en camisón y gorro de dormir, con el farol en una mano y una escopeta en la otra. Tilo se quedó paralizado, con la cara llena de miel.

El hombre lo miró de arriba abajo. Tilo esperaba el disparo. Pero Don Ceferino sonrió, y su sonrisa era peor que la escopeta.

—Un zorro listo —dijo despacio—. Un zorro que sabe entrar donde nadie entra y salir sin que nadie lo vea. ¿Sabes una cosa, zorrito? Un zorro listo vale mucho más vivo que muerto.

Bajó la escopeta y se agachó para mirarlo de cerca. Olía a colonia y a vino dulce.

—Tú vienes del bosque, ¿verdad? De ese bosque viejo al otro lado de la colina, donde mis hombres nunca encuentran el camino.

Tilo no dijo nada.

—Te propongo un trato —continuó el hombre—. Tú me traes cosas del bosque. Setas, plumas bonitas, piñas, lo que encuentres. Y yo, a cambio, te doy esto.

Se metió la mano en el bolsillo del camisón y sacó un puñado de discos amarillos. Brillaban a la luz del farol exactamente igual que el de la fuente. Tilo sintió que la boca se le llenaba de agua,

y no era por la miel.

—Se llaman monedas —dijo Don Ceferino, dejándolas caer una a una sobre las tablas del suelo. Cada una sonaba como una campanita—. Con ellas se puede tener cualquier cosa. Cualquier cosa, zorrillo. ¿Trato hecho?

Tilo miró las monedas. Luego miró al hombre. Pensó en Ámbar, en sus ojos dorados, en la frase de la zarza: *lo que no se necesita, no se toma*.

Y luego recogió las monedas con el hocico, una a una, y salió corriendo por el hueco de la puerta sin decir ni sí ni no.

Pero los dos sabían que había dicho que sí.

CAPÍTULO IV

La primera moneda



Al principio, el trato parecía inofensivo.

Tilo llevaba a Don Ceferino cosas que al bosque le sobraban, o eso se decía a sí mismo: un puñado de setas de otoño, unas plumas de arrendajo, una piña grande y perfecta, un trozo de panal abandonado. Don Ceferino las vendía en el mercado de la ciudad a precios que Tilo no podía ni imaginar, y a cambio le daba una moneda. A veces dos.

Tilo las enterraba al pie del pino. Pronto el agujero se quedó pequeño y tuvo que cavar otro más hondo, y luego otro. Por las noches, en lugar de tumbarse bajo el agujero del techo de la cueva, esperaba a que Ámbar se durmiera y salía a desenterrar

sus monedas para contarlas a la luz de la luna.

Siete. Doce. Veinte. Treinta y una.

Cada vez que llegaba a un número nuevo sentía un cosquilleo en el pecho, como cuando de cachorro conseguía atrapar su primera rana. Pero el cosquilleo duraba poco. A la noche siguiente, treinta y una ya no le parecían tantas, y pensaba en cuánto tardaría en llegar a cuarenta.

Con las monedas compraba cosas en Valdeoro. Bueno, no las compraba él, porque un zorro no puede entrar en una tienda; las compraba Don Ceferino por él, quedándose siempre con una parte «por las molestias». Así Tilo consiguió una cinta roja que se ataba al cuello, un cascabel de latón, un espejito redondo con el marco descascarillado y, sobre todo, comida: pan blanco, salchichas, queso curado. Comía mucho más de lo que necesitaba. Cuando ya no podía más, seguía comiendo un poco, por si acaso.

—Estás engordando —le dijo Ámbar una mañana, mientras bajaban juntos al río.

—Es que encuentro cosas —contestó Tilo, sin mirarla.

—¿Dónde?

—Por ahí.

Ámbar se detuvo. El río seguía bajando flaco por la sequía, y en el remanso grande apenas quedaban unas pocas truchas, quietas y asustadas en el fondo.

—Tilo, el tejón Bruno lleva dos días sin salir de su madriguera. Dice que le duelen los huesos y que no tiene fuerzas para buscar. Si encuentras tanto «por ahí», podrías llevarle algo.

Tilo pensó en el queso curado que tenía escondido en el tronco hueco, el que le había costado dos monedas. Pensó que si se lo daba a Bruno se quedaría sin él. Y pensó, por primera vez en su vida, que lo suyo era suyo.

—No me sobra nada —dijo.

Era la segunda mentira grande. Esta le salió todavía más fácil que la primera.

Aquella tarde no fue a ver a Bruno. Fue a Valdeoro, aunque todavía era de día, y se escondió en el granero viejo de las afueras a esperar la noche. Desde allí vio pasar a Lucía por el camino, cargando un haz de leña más grande que ella. La niña se paró a descansar junto al cartel del pueblo. Sacó de su bolsillo un mendrugo de pan, lo partió en dos y dejó una mitad sobre una piedra, junto a un hormiguero.

Tilo la observó con el ceño fruncido.

—Qué tontería —murmuró—. Si no tiene ni para ella.

Pero no podía dejar de mirarla. La niña se comió su mitad muy despacio, como si fuera un banquete, y luego siguió su camino canturreando. Tilo, que tenía la tripa llena de salchichas, se dio cuenta de que no recordaba la última vez que había canturreado.

Esa noche, al volver al bosque, contó sus monedas tres veces. Cuarenta y cuatro. Debería haberse sentido feliz. Pero había algo raro. Cuantas más monedas tenía, más miedo le daba que alguien se las quitara. Empezó a desconfiar de todo: del arrendajo que siempre lo miraba desde la rama, de las ardillas que escarbaban cerca del pino, incluso de Bruno, aunque Bruno apenas podía moverse.

Antes, Tilo dormía a pierna suelta. Ahora se despertaba a cada ruido.

Antes, Tilo contaba siete estrellas y le bastaban. Ahora contaba cuarenta y cuatro monedas y le faltaban todas las demás.

CAPÍTULO V

La despensa secreta



El otoño llegó sin lluvia. Las hojas se cayeron antes de tiempo, secas y crujientes, y cubrieron el suelo del bosque como una alfombra de papel viejo. Los animales empezaron a preocuparse por el invierno. Las ardillas guardaban lo poco que encontraban, los pájaros se marchaban hacia el sur más pronto que nunca y la cierva Lis, que ya tenía a su cervatillo, un animalito tembloroso al que había llamado Brote, apenas encontraba hierba que darle.

Tilo, en cambio, no tenía ese problema. Tenía demasiado.

Ya no le cabía nada en los agujeros del pino ni en el tronco hueco, así que se buscó un sitio nuevo. Encontró una vieja madriguera abandonada al otro lado del arroyo, lejos de la cueva del roble partido, y la fue llenando poco a poco. Primero las monedas, que ya eran más de cien. Luego la cinta roja, el cascabel, el espejito. Luego un saco pequeño de harina que Don Ceferino le había dejado a cambio de enseñarle dónde crecían las trufas negras. Luego queso, pan, nueces, manzanas, carne seca. La madriguera se convirtió en una despensa. La despensa se convirtió en un tesoro. Y el tesoro se convirtió en una jaula, aunque Tilo todavía no lo sabía.

Pasaba allí cada vez más tiempo. Se tumbaba entre sus cosas y se miraba en el espejito con la cinta roja al cuello. Hacía sonar el cascabel. Contaba las monedas apilándolas en torres, y cuando una torre se caía se enfadaba como si alguien se la hubiera tirado.

Una noche, mientras estaba allí contando, oyó unos pasos pesados sobre la hojarasca.

Se le erizó todo el pelo. Tapó las monedas con las patas. Y entonces, en la boca de la madriguera, aparecieron dos ojos dorados.

Ámbar no entró. La madriguera era demasiado pequeña para una tigre. Se quedó fuera, mirando. Miró las torres de monedas, los quesos, el saco de harina, la cinta roja en el cuello de Tilo. Lo miró todo durante mucho rato, sin decir nada. Y ese silencio a Tilo le dolió más que cualquier rugido.

—Te seguí —dijo ella por fin—. Hace semanas que no duermes en la cueva. Hace semanas que hueles a pueblo.

—No es lo que parece —empezó Tilo.

—¿Y qué es lo que parece?

Tilo no supo qué contestar. Salió de la madriguera, poniéndose delante de la entrada como si ella fuera a robarle algo.

—Me lo he ganado —dijo—. Todo esto me lo he ganado yo. Con mi trabajo.

—¿Qué trabajo?

—Llevo cosas al pueblo. A un hombre. Él me paga.

—¿Qué cosas?

—Cosas que al bosque le sobran.

Ámbar se sentó sobre las patas traseras, despacio, como hacía siempre que algo le pesaba.

—Tilo, al bosque no le sobra nada. Al bosque nunca le sobra nada. Lo que tú crees que sobra es lo que comen los que no ves. Esas setas eran del erizo. Esas plumas eran del nido del arrendajo. Ese panal era el invierno de cien abejas.

—¡Las abejas se habían ido!

—Las abejas vuelven, si les dejas algo a lo que volver.

Tilo apretó los dientes. Sentía una rabia caliente subiéndole por la garganta, y no sabía si era contra Ámbar o contra sí mismo.

—Tú no lo entiendes —dijo—. Tú nunca has tenido nada. Siempre dices que no hace falta nada, pero eso es porque no sabes lo que es tener. ¡Mira! —Cogió una moneda y se la puso delante del hocico—. Con esto se puede conseguir cualquier cosa. Cualquier cosa, Ámbar.

La tigre miró la moneda. Luego lo miró a él.

—¿Puedes conseguir con eso que Bruno deje de tener dolor? ¿Puedes conseguir que llueva? ¿Puedes conseguir que vuelvas a dormir tranquilo?

Tilo abrió la boca y la volvió a cerrar.

—Ser humilde no es no tener nada, pequeño —dijo Ámbar en voz baja—. Es saber cuánto es suficiente. Y tú lo sabías. Lo sabías mejor que nadie. Te lo enseñé en una zarza.

—Ya no soy un cachorro.

—No —dijo ella, y había mucha tristeza en su voz—. Ahora eres algo que no conozco.

Se levantó. Antes de irse se volvió una última vez.

—La piedra plana sigue en la cueva. Y tu sitio en el musgo también. Si algún día quieres volver, no tienes que traer nada. Solo volver.

Y se marchó entre los árboles, con sus rayas oscuras perdiéndose en la noche.

Tilo se quedó solo delante de su despensa. Quería llorar y no sabía por qué. Para no pensar, entró en la madriguera y volvió a contar sus monedas. Ciento doce. Las contó otra vez. Ciento doce. Y otra vez. Y siempre eran ciento doce, y nunca eran suficientes.

Aquella noche no volvió a la cueva del roble partido. Ni la siguiente. Ni la otra.

CAPÍTULO VI

El trato del collar



Una semana después, Don Ceferino Garra mandó llamar a Tilo. Lo hizo como siempre: dejando un trozo de jamón atado con un cordel rojo en la rama baja del castaño que marcaba el límite entre el valle y la colina.

Tilo acudió esa misma noche. Encontró al hombre en su almacén, sentado detrás de una mesa llena de papeles y de pilas de monedas mucho más altas que las suyas. A su lado había otros dos hombres que Tilo no conocía: uno flaco con una red al hombro y otro ancho con un hacha.

—Zorrito, zorrito —dijo Don Ceferino, frotándose las manos—. Me has traído cosas muy bonitas. Muy bonitas. Pero ya es hora

de hacer negocios de verdad.

Abrió un cofre pequeño que tenía sobre la mesa. Dentro, sobre un cojín de terciopelo verde, había un collar de oro. Era ancho, macizo, labrado con hojas y espigas, y brillaba tanto que parecía tener luz propia. Tilo se quedó mirándolo con la boca abierta. Las monedas de su despensa, todas juntas, no brillaban la mitad.

—Esto es para ti —dijo el hombre—, si haces una cosa muy sencilla.

—¿Qué cosa?

—Mis hombres quieren entrar en tu bosque. Pero es un bosque tramposo: los caminos se pierden, las nieblas confunden, hay quien dice que hasta los árboles se mueven. Tú lo conoces como la palma de tu pata. Solo tienes que guiarlos. Enseñarles dónde están los árboles de miel. Los remansos donde desovan las truchas. Los claros de setas. Nada más. Ellos cogen lo que quieran y tú te llevas el collar.

Tilo pensó en Ámbar. En la piedra plana. *Lo que crees que sobra es lo que comen los que no ves.*

—Si se lo llevan todo... —empezó.

—¡Todo no! —rio Don Ceferino—. Solo lo que haga falta.

Pero Tilo ya había aprendido, mirando aquel almacén lleno de manzanas que se pudrían, que para Don Ceferino nunca nada era lo que hacía falta. Siempre hacía falta un poco más.

Lo sabía. Y aun así miró el collar, y el collar le devolvió la mirada, y Tilo dijo que sí.

Dos días después, al amanecer, Tilo guió a los hombres de Don Ceferino a través de la Colina del Humo. Eran seis, con hachas, redes, sacos y una carreta tirada por una mula. Tilo caminaba delante, con el collar de oro al cuello. Pesaba más de lo que había imaginado. Le obligaba a llevar la cabeza un poco baja.

Primero fueron a los árboles de miel, tres hayas enormes que las abejas habían habitado desde antes de que naciera Doña

Ulma. Los hombres los talaron para sacar los panales. Los árboles cayeron con un ruido que se oyó en todo el bosque, como tres truenos seguidos. Las abejas que quedaban salieron en una nube furiosa y desesperada, y luego se dispersaron y no volvieron.

Luego fueron al río. Tendieron redes de orilla a orilla en el remanso grande y sacaron todas las truchas, las grandes y las pequeñas, hasta dejar el agua vacía y turbia.

Luego fueron a los claros de setas y las arrancaron de raíz, sin dejar ni una.

Y luego, como la carreta aún tenía sitio, uno de los hombres señaló una loma llena de agujeros.

—¿Y eso?

—Es la madriguera de un tejón —dijo Tilo—. Allí no hay nada.

—Los tejones guardan nueces y raíces para el invierno —dijo el hombre ancho—. Y su piel se vende bien.

—¡No! —dijo Tilo—. Ese no. Ese es Bruno. Es viejo, está enfermo...

Pero los hombres ya habían empezado a cavar. Bruno consiguió escapar por el pasillo número veinte, el que nadie conocía, cojeando y con el hocico lleno de tierra. Pero su casa, la que había excavado durante toda su vida, quedó destrozada. Y sus provisiones de invierno acabaron en la carreta.

Al atardecer, los hombres se marcharon cantando, con la carreta tan cargada que la mula resoplaba. Tilo se quedó solo en medio del bosque. Miró a su alrededor: los tocones de las hayas, el río vacío, los claros pelados, la loma de Bruno reventada como una herida.

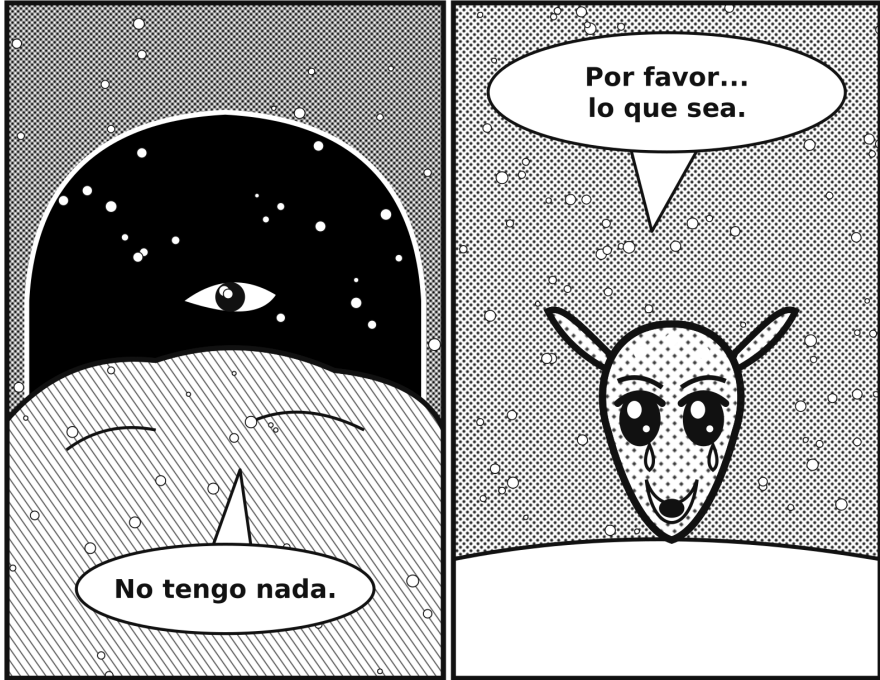
Todo había ocurrido en un solo día. Lo que el bosque había tardado siglos en criar, se había ido en una carreta.

Desde una rama alta, Doña Ulma lo miraba. No dijo nada. Solo giró la cabeza, casi del todo, y luego la apartó, como si mirarlo le doliera.

Tilo se llevó la pata al collar. Era el objeto más valioso que había tenido nunca. Y sin embargo, por primera vez, no le pareció bonito. Le pareció pesado. Terriblemente pesado.

CAPÍTULO VII

El invierno largo



El invierno llegó de golpe, como un portazo. Una mañana el bosque amaneció blanco, y ya no dejó de nevar durante semanas. Fue el invierno más largo que nadie recordaba, y también el más cruel, porque encontró al Bosque de los Helechos con la despensa vacía.

Sin las hayas de miel, sin las truchas del remanso, sin las setas de los claros, los animales no tenían de qué vivir. Las ardillas agotaron sus reservas en diciembre. Los pájaros que no se habían ido caían de las ramas, tiesos como piñas. Bruno, sin madriguera, dormía acurrucado bajo un tronco caído, tiritando,

con el reuma mordiéndole los huesos.

Y la cierva Lis apenas podía sostenerse en pie. Escarbaba la nieve con las pezuñas buscando alguna brizna, y lo poco que encontraba se lo daba a Brote, que cada día estaba más flaco.

Fue entonces cuando Ámbar hizo algo que nadie esperaba de una tigre.

Salía a cazar cada noche, recorriendo distancias enormes, cruzando ríos helados, subiendo a montañas donde nunca había estado. Y cuando conseguía algo, no se lo comía. Lo llevaba a la piedra plana de la cueva del roble partido y lo dejaba allí. Para Bruno. Para Lis y Brote. Para las ardillas, para los pájaros, para quien llegara. Ella comía solo lo justo para no caerse, y a veces ni eso.

Su pelaje, antes brillante, se volvió áspero. Se le marcaban las costillas bajo las rayas. Pero cada noche volvía a salir.

—Te vas a morir, Ámbar —le dijo Doña Ulma una noche, desde lo alto del roble.

—Si me muero, habré muerto teniendo lo suficiente —respondió la tigre—. Que es más de lo que puede decir mucha gente.

Al otro lado del arroyo, en su madriguera llena de cosas, Tilo no pasaba hambre. Tenía comida para tres inviernos.

Pero algo estaba pasando con esa comida.

El pan blanco se había llenado de moho verde. Las manzanas, apiladas unas sobre otras sin aire, se habían ablandado y olían a vinagre. La harina se había mojado con la humedad que bajaba por las paredes y se había convertido en una pasta gris donde vivían unos gusanillos pálidos. Solo el queso aguantaba, y la carne seca, y las monedas, que no se pudrían nunca, pero que tampoco se podían comer.

Tilo comía solo, en la oscuridad. Comía y comía, y cuanto más comía, más vacío se sentía por dentro. Nadie venía a verlo. Nadie le contaba historias. Nadie se tumbaba a su lado a contar estrellas. Se miraba en el espejito descascarillado y veía un zorro

gordo, con una cinta roja deshilachada y un collar de oro que le había hecho una rozadura en el cuello. Le costaba reconocerse.

Una noche oyó algo fuera. Asomó el hocico con desconfianza, preparado para defender su tesoro. Era Brote, el cervatillo de Lis. Estaba en la nieve, flaco como una rama, con las patas temblando. Había oído la comida.

—Por favor —dijo con una voz que apenas era un hilo—. Mi madre no puede levantarse. ¿Tienes algo? Lo que sea.

Tilo miró su despensa. Tenía el queso, tenía la carne seca, tenía nueces. Tenía para dar y para que le sobrara.

Y sin embargo, algo dentro de él, algo que había crecido como el moho en el pan, le susurró: *si le das hoy, mañana vendrá otro. Y luego otro. Y te quedarás sin nada.*

—No tengo nada —dijo Tilo.

Y tapó la entrada de la madriguera con una piedra.

Se quedó sentado en la oscuridad, con el corazón latiéndole en las orejas, escuchando cómo los pasitos de Brote se alejaban despacio sobre la nieve. Luego no oyó nada más.

Aquella noche Brote llegó a la cueva del roble partido, y Ámbar le dio lo poco que tenía en la piedra plana. Lo que Tilo no supo hasta mucho después es que aquella noche Ámbar no comió nada.

Mientras tanto, en Valdeoro, las cosas no iban mejor. El invierno había helado las acequias y la gente pasaba hambre. Pero Don Ceferino, con su almacén lleno hasta el techo, no bajó el precio del pan. Lo subió otra vez.

En la casita de piedra junto al camino, Lucía y su abuelo cenaban cada noche un caldo de agua con una patata. El abuelo había enfermado de los pulmones y ya no podía cortar leña. Lucía salía sola al bosque a buscarla, con las manos moradas de frío.

Y aun así, cada noche, la niña dejaba una miga en el alféizar de la ventana. Una sola. Para los gorriones.

CAPÍTULO VIII

La piel de rayas



En lo más hondo del invierno, cuando la nieve cubría las ventanas de Valdeoro hasta la mitad, apareció un trozo de jamón atado con un cordel rojo en la rama baja del castaño.

Tilo dudó. Desde el día de la carreta no había vuelto a ver a Don Ceferino. Pero el cordel rojo seguía tirando de él como si se lo hubieran atado a la tripa. Esa noche cruzó la colina nevada y bajó al pueblo.

El almacén estaba caliente. Ardía una estufa de hierro en un rincón y Don Ceferino estaba sentado junto a ella, envuelto en una manta de lana y comiendo castañas asadas. No le ofreció ninguna a Tilo.

—Zorrito —dijo—. Tengo una noticia excelente. Ha llegado una carta de la ciudad. Un señor muy importante, un duque, ha oído hablar de tu bosque. Dicen que en ese bosque vive una tigre. Una tigre enorme, de rayas negras como el carbón y pelo del color del fuego.

A Tilo se le heló la sangre.

—El duque quiere una alfombra para su salón —continuó Don Ceferino, con los ojos brillantes—. Una alfombra de piel de tigre. Y paga por ella más oro del que tú y yo podríamos contar en toda una vida.

—No —dijo Tilo.

—Escúchame antes de decir que no. —El hombre se inclinó hacia él—. Tú sabes dónde vive. Tú sabes por dónde caza. Solo tienes que llevarla a un sitio. Al barranco del río, por ejemplo, donde el hielo cubre el agua. Mis hombres se encargarán del resto. Y tú, zorrito, no tendrás que volver nunca más a ese bosque frío y vacío.

Hizo una pausa larga, saboreando las palabras.

—Te daré una casa. Una casita aquí, en Valdeoro, para ti solo, con una estufa como esta. Comida caliente todos los días de tu vida. Un plato lleno cada noche, para siempre. Nunca más tendrás frío. Nunca más tendrás hambre. Nunca más tendrás que preocuparte por nada.

Tilo miró la estufa. El fuego bailaba detrás de la rejilla de hierro. Pensó en su madriguera húmeda, en el pan podrido, en las noches solo. Pensó en el bosque pelado y en el invierno que no se acababa.

Y pensó en Ámbar.

—Ella... —empezó a decir.

—Ella te abandonó, ¿no es cierto? —dijo Don Ceferino con suavidad, como quien echa sal en una herida—. Te dio la espalda. Te dijo que eras algo que no conocía. Lo sé, zorrito. Lo sé porque tú mismo me lo contaste, una noche que viniste con hambre y con pena.

Era verdad. Tilo se lo había contado. Ya ni se acordaba.

—Ella no te quiere —siguió el hombre—. Nadie en ese bosque te quiere ya. Has elegido, zorrito. Elegiste el día que cogiste la primera moneda. Ahora solo tienes que terminar de elegir.

Tilo se quedó en silencio mucho tiempo. La estufa crepitaba. Fuera, el viento hacía temblar los cristales.

Una parte de él, pequeña y lejana, gritaba que no. Gritaba con la voz de un cachorro enredado en una zarza. Pero había otra parte, más grande, más gorda, más cansada, que solo quería calor. Y esa parte le decía que Don Ceferino tenía razón: que ya había elegido, que ya era tarde, que no tenía camino de vuelta.

—¿Cuándo? —preguntó, con una voz que no parecía la suya.

Don Ceferino sonrió con todos sus dientes.

—Pasado mañana. Al anochecer. En el barranco.

Tilo volvió al bosque arrastrando las patas por la nieve. El collar de oro le pesaba tanto que tenía que pararse a descansar cada pocos pasos.

Lo que no sabía es que alguien lo había oído todo.

Detrás de los sacos de harina, temblando de frío y de miedo, había una niña escondida. Lucía había entrado en el almacén aquella noche por primera vez en su vida. Había entrado a robar. Solo un poco de harina, la suficiente para hacer un pan para su abuelo, que llevaba tres días sin poder comer otra cosa que caldo.

No llegó a coger la harina. Se quedó allí agachada, escuchando, con los ojos muy abiertos. Y cuando Don Ceferino apagó el farol y se fue a dormir, salió por la ventana sin llevarse nada.

Esa noche, en la casita de piedra, Lucía no pudo dormir.

CAPÍTULO IX

La noche de la trampa



Al día siguiente, por primera vez en muchos meses, Tilo volvió a la cueva del roble partido.

Llevaba la cinta roja y el collar escondidos bajo un montón de hojas, lejos. Había querido presentarse como antes: un zorro flaco y sin nada. Pero ya no estaba flaco, y la rozadura del collar se le veía en el cuello como una cicatriz.

Ámbar estaba tumbada sobre el musgo seco. Cuando lo vio entrar, levantó la cabeza. Tilo se asustó al verla: estaba tan delgada que las rayas parecían costillas pintadas. Sus ojos dorados, en cambio, seguían igual.

—Has vuelto —dijo ella.

No había reproche en su voz. Tampoco sorpresa. Solo una alegría pequeña y cansada, como una vela que todavía arde al final de la noche.

—Sí —dijo Tilo, y se le atragantó la palabra.

Ámbar se levantó con esfuerzo y le hizo sitio a su lado, en el musgo. El mismo sitio de siempre. Nadie lo había ocupado.

Tilo se sentó. Estuvo un rato sin hablar, mirando el agujero del techo. Era de día y no se veían las estrellas.

—Ámbar —dijo por fin—. En el barranco del río hay un ciervo herido. Lo he visto esta mañana. Se ha roto una pata en el hielo. Si vamos esta noche, tendrás comida para una semana. Para ti y para los demás.

Esperaba que ella hiciera preguntas. Que desconfiara. Que le dijera: *¿y desde cuándo te importa a ti que los demás coman?* Lo esperaba, y en el fondo lo deseaba, porque si ella dudaba, él podría echarse atrás.

Pero Ámbar no dudó.

—Gracias, Tilo —dijo—. Sabía que seguías ahí dentro.

Y se le acercó y le apoyó la enorme cabeza contra el costado, como hacía cuando él era pequeño y tenía pesadillas.

Aquello fue lo peor de todo. La confianza de Ámbar le dolía más que cualquier golpe. Era como llevar otro collar, un collar invisible, mucho más pesado que el de oro.

Al anochecer salieron juntos. La nieve había dejado de caer y el cielo estaba limpio y helado, lleno de estrellas. Caminaron en silencio entre los árboles desnudos. Ámbar iba despacio, porque estaba débil. Tilo iba delante, porque no se atrevía a mirarla.

Mientras tanto, en Valdeoro, una niña salía por la puerta trasera de una casita de piedra.

Lucía había pasado todo el día pensando. Sabía que si avisaba a alguien del pueblo nadie la creería: una niña pobre acusando a Don Ceferino Garra, el hombre más rico del valle. Sabía que si se metía en aquello podía perder lo poco que tenían. Su abuelo le había dicho mil veces que no se acercara al bosque de noche.

Pero también se acordaba de lo que su abuelo le había enseñado sobre las migas en el alféizar. *Si un día dejamos de dar, aunque sea una miga, seremos pobres de verdad.*

Ella no tenía nada que dar. Solo tenía sus piernas y su voz.

Se puso el abrigo remendado, cogió el farolillo de aceite y echó a correr hacia la Colina del Humo.

La nieve le llegaba a las rodillas. El viento le cortaba la cara. Dos veces se cayó y se le apagó el farol, y dos veces volvió a encenderlo con las manos temblando. Al llegar a lo alto de la colina miró hacia el bosque, oscuro y enorme, y sintió miedo de verdad. Pero siguió bajando.

En el barranco del río, los hombres de Don Ceferino ya estaban esperando. Eran cuatro. Se habían escondido detrás de unas rocas con redes, cuerdas y lanzas. El río, en el fondo del barranco, estaba cubierto por una capa de hielo blanco que parecía firme. Pero no lo era. En el centro habían clavado un trozo de carne para que pareciera un animal muerto.

Don Ceferino también estaba allí. No había querido perderselo. Estaba envuelto en su manta, más arriba, en un saliente de la roca, con los ojos brillando de codicia en la oscuridad.

—Ahí vienen —susurró uno de los hombres.

Por el borde del barranco aparecieron dos siluetas: una pequeña y rojiza, una grande y rayada.

CAPÍTULO X

Lo que pesa el oro



Ámbar olfateó el aire.

—Huele a carne —dijo—. Pero también huele a hombre.

Tilo no contestó. Se había quedado parado al borde del barranco, mirando el hielo del fondo y el trozo de carne clavado en el centro. Sabía exactamente lo que iba a pasar. Ámbar bajaría. El hielo se rompería. Las redes caerían. Y él tendría una casa con estufa y un plato lleno para siempre.

Ámbar dio un paso hacia la pendiente.

—Espera —dijo Tilo.

Ella se volvió.

—No hay ningún ciervo —dijo Tilo, y la voz se le rompió como el hielo—. Es una trampa. Te he traído aquí para que te cacen. Me iban a dar una casa. Me iban a dar calor. Yo... yo dije que sí, Ámbar. Dije que sí.

Durante un instante que pareció muy largo, Ámbar lo miró. Y Tilo esperó el rugido, el zarpazo, el desprecio. Lo merecía todo.

Pero lo que vio en los ojos dorados de la tigre no fue rabia. Fue algo mucho peor y mucho mejor al mismo tiempo. Fue pena. Y debajo de la pena, todavía, cariño.

—Pero no lo has hecho —dijo ella en voz baja.

En ese momento, Don Ceferino comprendió que el zorro lo había traicionado.

—¡Ahora! —gritó—. ¡Echadle las redes! ¡A los dos!

Los hombres salieron de detrás de las rocas. Las redes volaron por el aire. Ámbar saltó hacia un lado con la poca fuerza que le quedaba y la red cayó en vacío, pero otra le atrapó una pata trasera. Rugió. Fue un rugido que hizo temblar los árboles y que se oyó hasta en Valdeoro.

Tilo se lanzó contra la red y empezó a morder las cuerdas con todas sus fuerzas. Uno de los hombres levantó una lanza.

Y entonces se oyó un grito agudo desde lo alto del barranco.

—¡Paren! ¡Paren ahora mismo!

Era Lucía. Estaba allí arriba, sin aliento, con el farolillo en alto y la cara roja de frío.

—¡Lo he oído todo! —gritó la niña—. ¡Lo sé todo, Don Ceferino! ¡Lo de la piel para el duque! ¡Lo del almacén lleno mientras el pueblo pasa hambre! ¡Se lo contaré a todo Valdeoro! ¡Se lo contaré al alcalde y al cura y a todo el mundo!

Los hombres se quedaron quietos. Miraron a la niña, miraron a su patrón. Uno de ellos bajó la lanza. Muchos en Valdeoro tenían hijos pequeños que aquel invierno se acostaban con hambre, y los cuatro sabían bien lo que había en el almacén.

—¡No le hagáis caso! —chilló Don Ceferino, poniéndose de pie en su saliente—. ¡Es una mocosa! ¡Coged a la tigre!

Pero al levantarse tan bruscamente, sus botas resbalaron sobre la roca helada. Agitó los brazos, la manta se le enredó en las piernas y cayó rodando por la pendiente, entre gritos, hasta el fondo del barranco.

Cayó justo sobre el hielo del río.

El hielo crujió. Un crujido largo, profundo, como un árbol que se parte. Y luego se abrió.

Don Ceferino se hundió en el agua negra. Sacó la cabeza, boqueando, aferrándose al borde del hielo con sus manos blandas llenas de anillos. Pero el hielo se rompía cada vez que intentaba apoyarse. Sus ropas pesadas, empapadas, tiraban de él hacia abajo. Y en los bolsillos del chaleco, como siempre, llevaba monedas. Muchas monedas.

—¡Ayuda! —gritaba—. ¡Ayuda!

Los hombres no se movían. Tenían miedo de que el hielo se los tragara también.

Tilo miró al hombre que lo había tentado, que le había dado el collar, que había querido la piel de Ámbar para una alfombra. Y

sin pensarlo, echó a correr hacia el río.

—¡Tilo, no! —rugió Ámbar.

Pero Tilo ya estaba sobre el hielo. Corrió sobre la superficie quebradiza, ligero, porque los zorros saben pisar donde otros se hunden. Llegó al borde del agujero y le tendió a Don Ceferino lo único que tenía: la cola.

—¡Agárrese!

El hombre se agarró. Tilo tiró con todas sus fuerzas. Pero Don Ceferino pesaba demasiado, con sus ropas mojadas y sus bolsillos llenos de oro. Y el hielo bajo las patas de Tilo empezó a crujir.

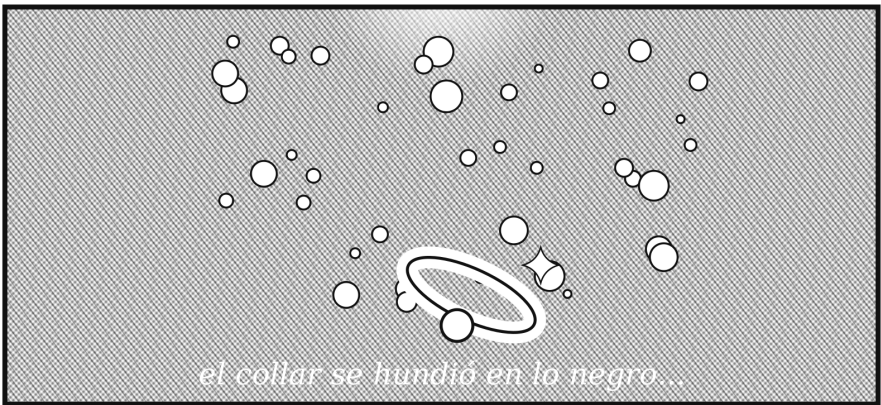
—¡Suelte las monedas! —gritó Tilo—. ¡Vacíese los bolsillos! ¡Pesán demasiado!

—¡Son más! —balbuceó Don Ceferino, con los labios morados—. ¡Son más!

Y el hielo se rompió bajo Tilo.

El agua estaba tan fría que fue como si le clavaran mil agujas. Tilo se hundió. Intentó nadar hacia arriba, pero algo tiraba de él hacia el fondo. Algo frío y pesado alrededor del cuello.

El collar.



No se lo había quitado. Lo llevaba escondido bajo el pelaje, como siempre, sin darse cuenta ya de que lo llevaba. Y ahora el oro tiraba de él hacia abajo, hacia la oscuridad del río, igual que las monedas tiraban de Don Ceferino.

Tilo forcejeó con las patas, desesperado. El collar no se abría. El aire se le acababa. Vio burbujas plateadas subiendo hacia un agujero de luz que estaba cada vez más lejos. Y en medio del pánico, como un relámpago, se acordó de la zarza. De un cachorro que tiraba y tiraba, y cuanto más tiraba, más se le clavaban las espinas.

Dejó de tirar. Se quedó quieto, con calma. Metió una uña en el cierre del collar, despacio, con cuidado, como Ámbar le había enseñado a apartar las ramas una a una.

El cierre cedió.

El collar de oro se deslizó por su cuello y cayó hacia el fondo del río, girando, brillando por última vez antes de perderse en lo negro.

Tilo subió como un corcho.

Al salir a la superficie, unas fauces enormes lo agarraron con suavidad por el pescuezo, como se agarra a un cachorro, y lo sacaron del agua. Era Ámbar. Había roto la red con los dientes y se había tumbado sobre el hielo, repartiendo su peso, estirándose hasta el borde del agujero.

Lo dejó sobre la nieve de la orilla. Y luego volvió a estirarse sobre el hielo, y con una pata enorme sacó también a Don Ceferino, que ya no gritaba, que solo temblaba, y que ya no tenía ninguna moneda en los bolsillos, porque al final, para no ahogarse, había tenido que dejarlas caer.

CAPÍTULO XI

El granero vacío



Los hombres de Don Ceferino envolvieron a su patrón en mantas y se lo llevaron al pueblo en silencio, sin atreverse a mirar a la tigre. Lucía bajó al fondo del barranco y se arrodilló junto a Tilo, que tiritaba en la nieve, empapado y medio congelado. Se quitó su abrigo remendado, el único que tenía, y lo envolvió con él.

—Gracias —dijo Tilo, castañeteando los dientes.

—Gracias a ti —dijo la niña—. Volviste por él. Aunque no se lo merecía.

—Yo tampoco me lo merecía —dijo Tilo, mirando a Ámbar.

La tigre se acercó. Estaba agotada, con una pata herida por la red y el pelo lleno de escarcha. Se tumbó junto a Tilo,

rodeándolo con su cuerpo grande y caliente, y también a Lucía, que se acurrucó contra sus rayas sin ningún miedo.

Así pasaron la noche, los tres juntos en el fondo del barranco, bajo un cielo lleno de estrellas.

Al día siguiente, la noticia corrió por Valdeoro como la pólvora. Los cuatro hombres, que ya no tenían miedo de su patrón, contaron lo que había pasado en el barranco. Lucía contó lo que había oído en el almacén. Y el pueblo entero, hambriento y furioso, subió por la calle empinada hasta la casa grande de los balcones de hierro.

Don Ceferino estaba en la cama, con fiebre, cuando los vecinos abrieron las puertas de su almacén.

Lo que encontraron dentro los dejó mudos.

El almacén estaba lleno, sí. Lleno hasta el techo, como siempre había presumido Don Ceferino. Pero casi todo estaba podrido. Durante meses, el hombre había guardado y guardado sin abrir nunca las puertas, esperando que el precio subiera un poco más, y un poco más. La humedad del invierno se había colado por las paredes. Los sacos de harina estaban negros de moho. Las ratas habían hecho nidos en los quesos. Las manzanas eran un puré oscuro y apestoso. De todo aquel tesoro, solo se pudo salvar una pequeña parte.

Una parte pequeña, pero suficiente para que nadie en Valdeoro pasara hambre hasta la primavera.

Los vecinos lo repartieron casa por casa. A Lucía y a su abuelo les tocó un saco entero de harina buena y un tarro de miel. Con la miel, el abuelo empezó a mejorar de los pulmones.

Cuando Don Ceferino se levantó de la cama, semanas después, era otro hombre. O al menos empezaba a serlo. Había estado a punto de ahogarse por no soltar unas monedas, y lo había salvado un zorro al que había engañado y una tigre a la que había querido convertir en alfombra. Esas cosas, cuando le pasan a uno, o lo cambian o no lo cambia nada.

A él lo cambiaron. No del todo, ni de golpe. Pero lo primero que hizo fue bajar a la casita de piedra junto al camino y pedirle perdón a Lucía. Y lo segundo fue bajar el precio del pan.

En el bosque, mientras tanto, Tilo hizo algo que nunca había hecho.

Fue a su madriguera al otro lado del arroyo, apartó la piedra de la entrada y sacó todo lo que tenía. Todo. El queso que quedaba, la carne seca, las nueces, las pocas manzanas sanas. Lo cargó en varios viajes hasta la cueva del roble partido y lo dejó sobre la piedra plana.

Luego fue a buscar a Bruno, que seguía tiritando bajo el tronco caído, y le llevó comida y le ayudó a llegar a la cueva. Luego fue a buscar a Lis, que estaba tumbada en la nieve sin fuerzas, y le llevó nueces y la ayudó a levantarse.

Y luego buscó a Brote.

Lo encontró en un claro, flaco y tembloroso, pero vivo. El cervatillo lo miró con desconfianza y retrocedió un paso. Tilo sintió aquella mirada como una piedra en el pecho.

—Te dije que no tenía nada —dijo Tilo—. Era mentira. Tenía mucho. Lo que no tenía era corazón para darlo. Perdóname, Brote.

Y le dejó delante la mejor manzana que le quedaba.

El cervatillo se la comió despacio. Luego, muy despacio también, se acercó a Tilo y le rozó la cara con el hocico.

Con las monedas, Tilo no supo qué hacer. Eran más de ciento cincuenta. Las miró amontonadas en la nieve, brillando débilmente bajo el sol de invierno. Durante meses habían sido lo más importante de su vida. Ahora le parecían lo que eran: discos de metal que no se comían, que no daban calor, que no contaban historias.

Las metió en un saco viejo y bajó a Valdeoro de día, por primera vez, caminando por la calle principal delante de todo el mundo. Las dejó en la puerta de la casita de Lucía.

—Para que tu abuelo se cure —dijo—. Y para que compréis leña, y pan, y lo que haga falta. Solo lo que haga falta.

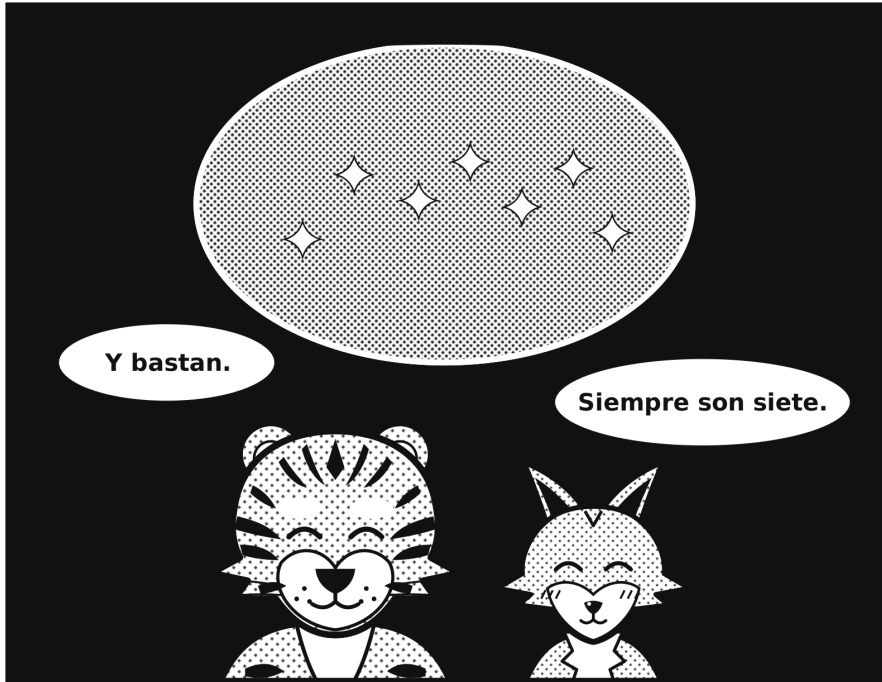
Lucía cogió una sola moneda y le devolvió el saco.

—Con una tenemos para todo el invierno —dijo—. Las demás llévaselas a quien le falte.

Y así lo hizo Tilo. Recorrió Valdeoro casa por casa, dejando una moneda en cada puerta donde había un niño con hambre. Cuando terminó, el saco estaba vacío y él se sentía más ligero de lo que se había sentido en toda su vida.

CAPÍTULO XII

Lo que cabe en una cueva



Aquella noche, Tilo volvió a la cueva del roble partido. Ámbar estaba tumbada en el musgo, lamiéndose la pata herida. Bruno roncaba en un rincón, Lis y Brote dormían junto a la entrada. Doña Ulma vigilaba desde la rama de siempre.

Tilo se quedó en la boca de la cueva, sin atreverse a entrar.

—Ámbar —dijo—. Sé que no puedo arreglarlo. Las hayas de miel no volverán a crecer en cien años. El remanso tardará mucho en tener truchas. La casa de Bruno está destrozada. Y te llevé a una trampa. Te llevé a una trampa, Ámbar, después de todo lo que hiciste por mí.

—Lo sé —dijo ella.

—No sé cómo pedirte perdón.

La tigre dejó de lamerse la pata. Lo miró con sus ojos dorados.

—Perdonarte es fácil, Tilo. Ya lo hice en el barranco, cuando te paraste. Lo difícil viene ahora. —Hizo una pausa—. El perdón se da en un momento. La confianza se vuelve a ganar poco a poco, día a día, igual que el bosque vuelve a crecer. No con palabras. Con hechos.

—Entonces trabajaré —dijo Tilo—. Todos los días. Hasta que el bosque vuelva a ser lo que era.

—No tienes que hacerlo solo —dijo Ámbar.

Y le hizo sitio en el musgo.

Tilo entró, se tumbó a su lado y miró hacia arriba. A través del agujero del techo se veía el mismo trozo de cielo de siempre, con sus siete estrellas.

—Uno —dijo Tilo en voz baja—. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Siete.

—Siempre son siete —dijo Ámbar, con una sonrisa en la voz.

—Siempre son siete —repitió Tilo—. Y bastan.

Aquella noche durmió de un tirón por primera vez en muchos meses.

La primavera llegó por fin, y con ella la lluvia. Llovió durante días, una lluvia mansa y generosa que llenó el río, despertó las raíces y empapó la tierra seca hasta lo más hondo. Los helechos volvieron a abrir sus manos verdes. Los pájaros regresaron del sur.

Tilo cumplió su palabra. Cada mañana salía a trabajar. Ayudó a Bruno a excavar una madriguera nueva, pasillo a pasillo, hasta que tuvo veintiuno, uno más que la antigua. Llevó hayucos, los frutos de las hayas, a los claros donde antes estaban los árboles de miel, y los enterró uno a uno, sabiendo que quizá él nunca vería los árboles grandes, pero que alguien los vería. Retiró del río las ramas y la basura que habían dejado los hombres para que las truchas pudieran volver a desovar.

No lo hacía para que lo perdonaran. Al principio sí, quizá. Pero poco a poco descubrió que lo hacía porque le gustaba. Porque cada brote nuevo que asomaba en la tierra le daba una alegría que ninguna moneda le había dado nunca. Una alegría que no había que contar ni esconder ni vigilar.

Un día de mayo bajaron del pueblo varias personas: Lucía, su abuelo ya recuperado, los cuatro hombres que habían estado en el barranco y, detrás de todos, con el sombrero en la mano y una expresión que no le habían visto nunca, Don Ceferino Garra.

Traían sacos de semillas y plantones de árboles. Habían venido a ayudar.

Aquel día, en el claro grande donde antes estaban las hayas de miel, animales y personas hicieron un pacto. No lo escribieron en ningún papel, porque los animales no saben escribir y porque hay pactos que no necesitan papel. Pero todos lo recordaron siempre. Decía así: que del bosque se tomaría solo lo que hiciera falta, y que siempre se dejaría algo para los que no se ven.

Don Ceferino plantó él solo veinte árboles, con sus manos blandas llenas de ampollas. Al terminar, se sentó en un tocón, sudando, y miró a Tilo.

—¿Sabes una cosa, zorro? —dijo—. Toda mi vida pensé que era rico. Tenía un almacén lleno hasta el techo y un cofre lleno de oro. Y nunca, ni un solo día, tuve la sensación de tener bastante.

Miró los árboles recién plantados, pequeños y frágiles, alineados en la tierra húmeda.

—Hoy no tengo casi nada. Y por primera vez me parece suficiente.

Tilo asintió. Lo entendía perfectamente.

Pasaron los años. Las hayas crecieron. Las abejas volvieron. El remanso se llenó otra vez de truchas, grandes y pequeñas. Brote se convirtió en un ciervo de cornamenta enorme, y Lucía en una mujer que enseñaba a los niños de Valdeoro a leer y,

también, a dejar una miga en el alféizar para los gorriones.

Y en la cueva bajo el roble partido, un zorro rojizo y una tigre de rayas oscuras siguieron viviendo juntos, sin nada más que un lecho de musgo, una piedra plana y un agujero en el techo.

Cuando alguien del bosque les preguntaba si no echaban de menos tener más cosas, Tilo siempre contestaba lo mismo:

—Tuve más cosas de las que podía contar. Y nunca fui tan pobre como entonces.

Luego se tumbaba junto a Ámbar, miraba hacia arriba y contaba las estrellas.

Siempre eran siete.

Y siempre bastaban.

Moraleja



La avaricia promete llenarnos y nos deja vacíos: cuanto más guarda, más teme perder, y nunca encuentra el punto en que tiene bastante.

La humildad no consiste en no tener nada, sino en saber cuánto es suficiente, en tomar solo lo necesario y dejar siempre algo para los que no se ven.

**Siempre son siete.
Y siempre bastan.**

SIEMPRE SON SIETE. Y SIEMPRE BASTAN.

EL ZORRO Y LA TIGRE

En el corazón del Bosque de los Helechos, bajo un roble partido por un rayo, viven Tilo, un zorro curioso, y Ámbar, una tigre que solo toma lo que necesita. No tienen nada, y no les falta nada.

Hasta que un verano de sequía Tilo cruza la Colina del Humo y descubre Valdeoro: un pueblo lleno de pan, de luces... y de monedas. Allí lo espera Don Ceferino Garra, un hombre que nunca tiene bastante y que le ofrece un trato difícil de rechazar.

Una historia sobre lo que pesa el oro, sobre lo poco que hace falta para ser feliz y sobre el valor de volver a casa.

*«Ser humilde no es no tener nada.
Es saber cuánto es suficiente.»*

